

Un trozo de la Gran Muralla.

CARLOS PEREZ MALDONADO
MONTERREY, MEXICO.

LA CHINA

CAPITULO PRIMERO

Tiempos antiquísimos de la China.

El país y sus habitantes; las religiones.—Costumbres de los chinos.—La Gran Muralla.—Tiempos fabulosos.—Las tres primeras dinastías conocidas.

La China, cuyas primeras vicisitudes históricas y antiquísima cultura vamos á exponer, es designada por los chinos con los nombres de *Chung-Ku*, que significa «centro de la tierra» ó *Chung-Yang*, «nación de en medio», á los cuales añaden frecuentemente títulos pomposos como *Tamming-ca*, «reino de gran esplendor», ó *Tien-u-ca*, «reino que contiene cuanto existe debajo del cielo», y otros semejantes.

También tomó algunas veces este país el nombre de la dinastía reinante; y cuando la familia de los Sin ocupó el trono á mediados del siglo III antes de Jesucristo, los indios y malayos le dieron el nombre de aquellos conquistadores llamándola Sin ó Chin, ahora convertido por nosotros en China. El viajero Marco Polo la llamó Catay.

Forma este Imperio un inmenso plano inclinado que desciende desde las montañas del

Tibet hasta el Mar Amarillo; tiene 2.000 leguas de costas y 670.000 leguas cuadradas de superficie, aun cuando la China propiamente dicha cuenta tan sólo 195.000, y el número de sus habitantes, que según unos no excede de 150 millones, asciende según otros actualmente á 300 millones, cifra no comprobada.

Los orígenes históricos de la China están envueltos en una nube de falsas dinastías y de datos legendarios. Carecemos en absoluto de noticias ciertas respecto á los tiempos más lejanos; así que el mismo escritor chino Ma-tuan-ti en sus profundas indagaciones acerca de las antigüedades patrias, rechaza todas las primeras dinastías, y los críticos más autorizados concuerdan en que no hay certidumbre histórica respecto de la historia de la China, sino á contar desde la dinastía Cheu, sobre once siglos antes de la Era vulgar.

Los tiempos históricos de la China comienzan para otros en el siglo XXII antes de la Era cristiana en que aparece rigiendo los destinos de aquel Imperio la dinastía de los Hia, en la persona de su fundador Yu. El *Chu-king*, obra que es la principal fuente de conocimiento de la historia antigua de China, atribuye á este soberano muchas y grandiosas obras dirigidas á mejorar las condiciones del suelo y, por consiguiente, la prosperidad del país, tales como canales,

deseccación de pantanos, roturación de eriales y otras de este jaez. Los reinados de los sucesores de Yu, pertenecientes á esta dinastía, son un tejido casi inextricable de luchas intestinas, provocadas por la tiranía y crueldad de los soberanos. Resultado de una de estas guerras civiles, que estalló en tiempo de Kie-kucci en el último tercio del siglo XVIII, fué la substitución de la dinastía reinante por la de los *Chang*, príncipes del distrito de este mismo nombre.

Europa no conoció realmente á China hasta 1516 en que pusieron el pie por primera vez en ella los portugueses, y asombrados al encontrar tanta riqueza, civilización y ciencia en un país tan remoto, mientras yacían en la barbarie todos los Estados inmediatos, contaron con tal énfasis las maravillas que habían visto, que se les reputó por milagros. La sed de ganancia ó la manía de las conquistas atrajo á los europeos á aquella región singular, y el celo por el bien de las almas llevó á los propios parajes, después del año 1580, á los misioneros que, transmitieron acerca del país observaciones más exactas. En particular Kang-hi, el más liberal de los emperadores de la China, acogió favorablemente á los jesuitas, que continuaron propagando los conocimientos europeos y las doctrinas católicas, y dando del país noticias exactas, hasta que fueron expulsados. Puede decirse que desde entonces hasta mediados del siglo XIX estuvo el Imperio chino cerrado para los europeos. Los mercaderes que se detenían en Cantón, se cuidaban más de sus intereses que de la ciencia. Los viajeros y embajadores eran recibidos con desconfianza, mantenidos por lo mismo en la ignorancia ó engañados; y aunque las relaciones se multiplicaban diariamente, uno de ellos, más franco que los demás, escribió: «Hemos sido recibidos como mendigos, tratados como prisioneros y arrojados del territorio como ladrones», situación que, á la verdad, no permitía entregarse á indagaciones esmeradas.

Por esto se conoce menos á este pueblo singular que á las demás naciones antiguas, y por lo mismo no han podido interpretarse los jeroglíficos trazados en las fajas de seda que envuelven la momia de este eterno y elegante niño. Pero desde que nuestros filólogos aplicaron su ciencia al análisis de la lengua y escritura de los chinos, el estudio de los libros ayudó á comprender esta nación misteriosa.

¿Dónde nació la primera civilización que con

tan varios elementos ha llegado á constituir la gran nación china? Esta se daba á sí misma en otro tiempo el nombre de «Cien familias» y señalaba al Noroeste, indicando que más allá del Hoangho existe la región de donde bajaron los primeros grupos de colonos para expulsar ó dominar en las llanuras fluviales á otros pueblos menos civilizados.

Las poblaciones de la China, lo mismo que las de Europa, han tenido su Edad de Piedra, y en las colecciones del Asia oriental se encuentran instrumentos y objetos de todas clases análogos á los de los periodos paleolítico y neolítico del Occidente.

Los chinos han dividido las edades anteriores á la civilización actual en tres épocas correspondientes á las de nuestros arqueólogos: «Fu-hi—dicen—fabricó armas de madera: las de Thin-ming eran de piedra, y las de Chi-yu de metal»; pero aun después de conocidas las armas de hierro, siguieron atribuyendo á las flechas de piedra un valor simbólico, y en manos del soberano se miraban como insignias del poder real.

La nación china ha pasado por una serie de progresos que corresponden á otros análogos en las naciones civilizadas de las demás partes del mundo; pero han sido más breves sus primeras evoluciones. Todavía se encontraban en plena barbarie los habitantes de Europa hace cuatro mil años, cuando los chinos escribían ya su historia. A pesar de la pobreza de estilo y de pensamiento, á pesar del fárrago de repeticiones de que está llena la colección de los anales chinos, es el monumento histórico más auténtico y completo que la humanidad posee. Por la antigüedad de las crónicas y la verdad de su relato, ningún otro pueblo tiene un tesoro comparable al que los historiadores chinos legaron al suyo. En él se encuentran consignados, tanto los sucesos políticos, como los fenómenos naturales. Y, sin embargo, aunque adelantados desde hace tantos siglos, distingüense los chinos entre todos los pueblos civilizados por la estructura aún rudimentaria de su lenguaje, permaneciendo bajo este concepto en un período de desarrollo correspondiente á nuestra época protohistórica de los arios y los semitas. Todos sus dialectos se componen de un número muy corto de palabras monosílabas, que sólo expresan una idea general y no adquieren sentido determinado sino cuando entre todas forman la frase. En la oración se van colocando unas

tras otras y entonces hacen oficios de nombres, adjetivos, verbos y partículas. La gramática se reduce á una sintaxis. La pobreza de vocablos de que adolece su idioma, obliga á los chinos, como á todos los pueblos que usan lenguas monosilábicas, á cambiar el sentido de la palabra, según la entonación con que se pronuncia. Esta variedad de pronunciaciones, unida á la pobreza de palabras, hace difícilísimo el idioma. Además su escritura se compone de unos 44.000 caracteres diferentes.

Los misioneros budhistas que convirtieron los chinos á su religión, intentaron en vano reiteradas veces introducir en el país alguna de las escrituras fonéticas del Indostán derivadas del alfabeto sánscrito. También han empleado los misioneros cristianos el alfabeto latino para escribir cantos, plegarias y versos piadosos que los convertidos aprenden de buena voluntad, explicándoles antes su significación. Pero las letras de los alfabetos fonéticos, tan útiles para el lenguaje usual, no pueden servir para la lengua verdaderamente literaria del país, sino añadiendo puntos, trazos, guiones, acentos y signos que son más difíciles de entender que los caracteres actuales.

Tres religiones existen en China: budhistas, taoístas y discípulos de Confucio. Por deber de su rango, el emperador profesa las tres religiones y cumple puntualmente lo que disponen los tres ritos. Aseméjense estos diferentes cultos en el fondo mucho más de lo que podría suponerse en vista de las ceremonias, y más aún, por la lectura de las obras doctrinales. El «yu-kiao», religión de los chinos ilustrados, designada habitualmente con el nombre de Confucio, ha nacido del antiguo culto nacional. El taoísmo ó «tao-kiao», por su parte, olvidándose por completo de las elevadas doctrinas de su fundador, ha retrocedido á las supersticiones antiguas y casi se ha transformado en magia; finalmente, el budhismo ó «fu-kiao», á pesar de su origen extranjero, ha penetrado por completo en la corriente de las ideas nacionales y se han aceptado sus ritos.

Casi nada de sobrenatural se encuentra en el culto de Confucio, á pesar de que este elemento tan importante suele desempeñar en casi todas las religiones: «¿Cómo he de pretender averiguar—dice Confucio—las cosas del cielo, cuando es tan difícil formarse una idea exacta de lo que ocurre en la tierra?» «¿Aún no has aprendido á vivir—dice á uno de sus discipu-

los—y ya piensas en lo que te podrá suceder después de la muerte?» Hombre mesurado como ninguno, llegó á ser Confucio el modelo de su nación. Moderados por naturaleza y por costumbres, sin fervor religioso y aficionados á mantenerse siempre en un término medio, los chinos se han visto reflejados en el sabio del Xañtung, y poco á poco ha ido éste elevándose al primer puesto en la memoria de su pueblo. La exactitud de los documentos históricos que dejaron sus discípulos y el género de vida que él hizo no han permitido adornar su existencia con mitos y milagros. Si no lo han convertido en un dios, su autoridad ha ido creciendo de siglo en siglo. Cuatrocientos años después de su muerte, era sólo honrada su memoria con el título de *kung* ó «duque»; ocho siglos después, bajo la dinastía de los Tang, fué nombrado el «primer santo» y se adornó su estatua con el traje y diadema de los reyes. Reinando los Ming, la última dinastía china, fué declarado «el más santo, más sabio y más virtuoso director de los hombres». Al morir el sabio, se estableció una colonia de discípulos cerca de su sepulcro, declarándose vasallos de su familia. Otros fieles que no podían realizar una peregrinación tan larga como la que necesitaban emprender para visitar el lugar sagrado, construyeron en sus ciudades sepulcros simbólicos. Edificáronse en honor suyo 1.600 templos, y por último, se le reconoció solemnemente como «Señor de la nación». Nunca ha habido hombre que, sin ser considerado como un dios, haya inspirado tanto respeto. Cuando el emperador Hoangti, sintiendo celos por la gloria de los soberanos de otras épocas, ordenó la destrucción de los antiguos libros, y particularmente el famoso *Xu-king* ó «Libro de los Anales», compilado por Confucio, se arrojaron á las llamas, siguiendo á las venerandas obras del maestro, 460 letrados.

A pesar del culto de Confucio, han quedado muchas supersticiones populares para conjurar todos los genios que pululan en torno de los hombres y amenazan su existencia. Estas prácticas constituyen el *feng-xui*, que no por ser un culto irregular tiene menos importancia en la vida de la nación. El *feng-xui*, esto es, «viento y agua», es, según los chinos, «invisible como el viento y como el agua, y no puede cogerse». Pero esto, no obstante, se puede definir como el conjunto de ceremonias por las cuales el hombre conquista la voluntad de los espíritus que

pueblan los aires y las aguas, es decir, la Naturaleza entera, desde los astros que caminan por el espacio hasta las almas errantes de los que murieron. Dos principios gobiernan el mundo, según los doctores chinos. El *yang*, ó principio masculino, corresponde al sol y preside el año durante la estación de los calores; es el de los presagios venturosos, el que hace crecer las plantas, los animales y los hombres. El *yin*, ó principio hembra, es el representado por la luna en el cielo y reina sobre la tierra en la época de los fríos: es el de los funestos augurios y anuncia la muerte. Nada puede existir, sin embargo, sin que se mezclen el principio de la muerte y el de la vida. Todo nace y se desarrolla merced á esta unión, y el que llegase á comprenderlos enteramente sería inmortal. En toda mansión china se ve la imagen de un tigre llevando el *taiki* ó cuadro donde se representa al *yang* y el *yin* uniéndose y compenetrándose dentro de un círculo mágico y rodeados de trazos de diversos tamaños que figuran ser los puntos cardinales y la Naturaleza entera. Estos trazos son los famosos diagramas que sirvieron para escribir el *Yiking* ó «Libro de las Transformaciones», atribuido á Fohi y cuyo misterioso sentido tanto ha dado que pensar á los eruditos chinos y europeos. La biblioteca de Pekín contiene millares de comentarios de esta obra.

Los observadores fieles del *feng-xun*, deben usar toda su vida las prácticas de los conjuros. Los manes de los antepasados vagan entre los seres que llenan la tierra y los espacios aéreos en torno de la vivienda del chino y pueden influir favorable ó desfavorablemente en el destino de los vivos. A manera de otros pueblos, reconocen los chinos en el hombre tres almas distintas: una racional, que reside en la cabeza; otra pasional, que habita en el pecho, y otra material, cuyo sitio es el bajo vientre. De estas tres almas ó «huen», las dos primeras pueden quedar fijadas, al morir el individuo, en la lápida conmemorativa y en el sepulcro; pero la tercera huye por el espacio buscando otro cuerpo donde residir, y puede ejercer terribles influencias sobre sus parientes si éstos se descuidan en el cumplimiento de sus deberes piadosos. Los «huen» de los niños son más terribles que los otros porque habiendo fallecido en estado de imperfección natural, es más difícil apaciguarlos con un culto regular. En la puerta de las casas y de las tiendas se quemaban perfumes que tienen la

virtud de impedir la entrada á estas almas funestas y, en general, á toda clase de espíritus malignos.

Para la elección de sepulcro es más conveniente que para ningún otro acto ajustarse á las reglas del *feng-xui*. Por muy piadosos que sean sus parientes, si el alma del difunto se encuentra expuesta á las influencias funestas, tratará indudablemente de vengarse, traduciéndose su enojo en innumerables calamidades que afligirán á la familia imprudente. Los espíritus buenos ó malos «que se transforman en nubes», caminan incesantemente junto al suelo, y es muy esencial para todos los que trabajan en la superficie terrestre saber edificar los sepulcros y las casas, trazar los caminos, canales, canteras y pozos, de tal modo, que se favorezca el vuelo de los buenos genios y se evite el contacto de los malos. Como es difícil conocer todos los procedimientos que se han de seguir respecto á ese mundo infinito de genios, siempre que acaese un desastre se atribuye á la incuria ó la ignorancia de los que profesan el *feng-xui*. En toda la China se ven con frecuencia minas y canteras que las autoridades locales mandaron cegar, porque las poblaciones se quejaron de su funesta influencia en las cosechas. Originanse pleitos entre vecinos por haber hecho en sus fincas respectivas algunas obras que interceptan el camino de los buenos espíritus. Es, pues, muy importante para ellos aconsejarse de quien sepa interpretar las misteriosas indicaciones de la Naturaleza, determinar las condiciones favorables de los vientos y de las aguas y convertir en influencias ventajosas las nocivas. Es suficiente, á veces, plantar un árbol ó construir sobre una eminencia una torre con techos cornudos y campanillas para que toda la comarca quede bajo el bienhechor influjo de una feliz conjunción de elementos. El Norte, de donde provienen los vientos polares, es también el lado de los malos genios: los buenos, acuden impelidos por el viento del Mediodía. Créese, generalmente, que las curvas sinuosas de los ríos y las suaves laderas de las colinas favorecen la prosperidad de una comarca, mientras que las bruscas revueltas y las rocas verticales son una amenaza constante para las poblaciones vecinas. Conviene huir de la línea recta, que es la que siguen los malos genios; todo debe moverse con suaves ondulaciones como los vientos y las aguas.

Por este motivo, al construir sus casas los chinos, levantan y redondean los aleros de los tejados. Con este procedimiento se desvían de la casa las males influencias y van éstas á perderse en el espacio. Suele ocurrir á veces que las reglas del *feng-xui* están en perfecto acuerdo con las de la higiene. Así los chinos de Hong-Kong elogiaban á los médicos ingleses por haber hecho plantar filas de árboles entre un cuartel y unos terrenos insalubres, con arreglo á los preceptos de «dos vientos y las aguas». En cierto modo, el *feng-xui* constituye los rudimentos de la ciencia natural en China, pues según los profesores, comprende el estudio del orden general de las cosas, de sus proporciones numéricas, de su vida íntima y su forma externa. Cuando ven los chinos al ingeniero europeo romper el suelo con zanjas rectilíneas, construir puentes oblicuos, horadar al sesgo las montañas, sentar inflexibles rieles de acero cruzando las calles de sepulcros, no pueden dominar su espanto. La ruda oposición hecha á los extranjeros cuando emprendieron la construcción de ferrocarriles en China, no fué tanto porque el Gobierno temiese que los europeos se hiciesen dueños poco á poco del país, como por el tradicional respeto con que miran los chinos á la tierra que los sostiene, no pudiendo acostumbrarse á los procedimientos que usan nuestros ingenieros.

La religión fundada por Laotzé, que en sus primeros tiempos contrastaba en absoluto con la religión nacional de Confucio, ha concluido por volver á las supersticiones antiguas, y confundiendo casi con las prácticas del *feng-xui*. Laotzé, en contraposición á Confucio, no estudiaba el pasado de la nación china para descubrir el modelo á que debería ajustar su conducta en el porvenir. Buscaba la verdad pura y no inquiría precedentes en la historia de los emperadores. Sin cuidarse de los espíritus buenos ó malos, ni de los manes de los antepasados, pretendía indagar la razón de las cosas, y su lenguaje, en cuanto puede adivinarse en el texto obscuro de *Taote-king*, recuerda el de los filósofos del Occidente. Para Laotzé «la materia y el mundo visible no son otra cosa que manifestaciones de un principio sublime, eterno é incomprensible», al cual denomina Tao, es decir, «la vía, el camino de la salud». El hombre que sepa dominar sus pasiones podrá librarse, según él, de las sucesivas metempsicosis y llegar, desde su primera exis-

tencia, á una dichosa inmortalidad por medio de la meditación. Tal fué la doctrina del gran místico y de sus inmediatos sucesores; pero, desfigurada al poco tiempo, los monjes taoístas pretendían poseer el secreto de la inmortalidad y preparaban elixires y brebajes para conquistarse el favor de los emperadores. La religión del Tao se confundió paulatinamente con la magia, y de la doctrina de Laotzé sólo quedó el nombre. Los sacerdotes taoístas, que en su mayoría guardan el celibato como los lamas budhistas, son los nigrománticos de la China, los que hacen girar las mesas y conjuran ó evocan los espíritus. No tienen dogma que los una y no constituyen un cuerpo religioso, siendo unos, verdaderos «chamanes» como los que viven entre los tonguses, y otros, astrólogos ó decidores de la buena ventura. Por lo regular, las personas cultas desprecian el taoísmo; y, sin embargo, los mandarines se ven obligados á practicar determinadas reglas de este culto, y aun en presencia del emperador se mezclan con el rito nacional ceremonias taoístas. El gran sacerdote del taoísmo, ó «doctor celeste», que pretende descender en línea recta de Laotzé, cobra un sueldo del Estado á cambio de amuletos, objetos piadosos y oraciones escritas en papel rojo ó verde que se reparten por toda la China.

La religión budhista, más fiel á su antigua doctrina que el culto del Tao, ha sabido conservarse mejor. Aunque extranjero por su origen, ha llegado el budhismo á ser, por lo menos en apariencia, la religión nacional en China, aunque bajo una forma que la aproxima extraordinariamente al culto primitivo de los genios y los manes.

La religión mahometana tiene también importancia en China, pues cuenta con unos 20 millones de fieles. Los misioneros cristianos de las diversas confesiones han hecho grandes propagandas en el Imperio; pero los chinos adoradores de Jesús forman el grupo religioso más exiguo, pues no llegan, ni con mucho, á un millón.

Es difícil juzgar

Costumbres de los chinos. en general las costumbres de los chinos y señalar el verdadero sitio que los «hijos de Han» ocupan entre las naciones civilizadas. La mayoría de los viajeros los ha juzgado en son de burla. Apenas hablan de los «Celestes»,

omo se les llama por ignorancia, que no pongan de relieve su lado ridículo ó exageren sus defectos. Tan general es esto, que la mayoría de los occidentales se imagina siempre al habitante de las riberas del río Azul en forma de *chino de biombo*, con extraños y afectados movimientos y la eterna sonrisa en la boca. Los misioneros toman en serio al pueblo chino, por estar con él en incesante contacto y por los peligros que corren con mucha frecuencia; pero



Templo de Confucio en Pekín. Interior de los jardines.

su carácter religioso les hace ver por todas partes el pecado, y generalmente suelen pintar á los chinos que se mantienen «paganos» como unos seres degradados y llenos de vicios.

Es natural que, comparándose con los «bárbaros occidentales», los chinos se atribuyan cierta superioridad, si no en la industria, por lo menos en la verdadera civilización; y si comparásemos sólo la apariencia exterior del pueblo, quizá se les podría conceder el primer sitio que reclaman. En parte alguna es más general que en China la urbanidad y la cortesía; en ninguna otra se dirige á las muchedumbres con mejor éxito un llamamiento hecho en nombre de la dignidad humana. Los chinos son naturalmente reservados, atentos, benévolo-

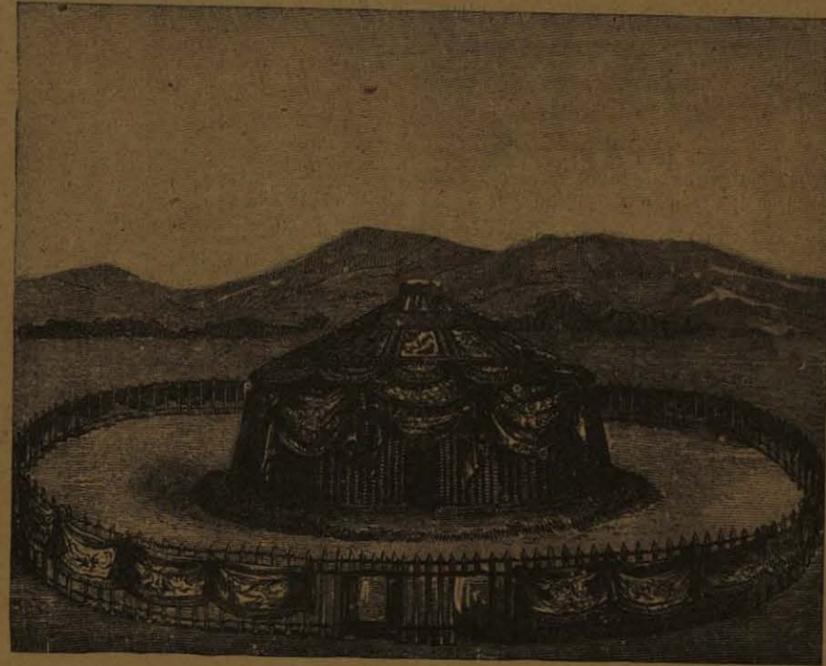
y reina entre ellos gran fraternidad. «Todos los hombres de los Cuatro Mares son hermanos», dicen. Los viajeros europeos han podido cruzar de un extremo al otro las provincias más pobladas del Imperio sin haber sufrido un acto de grosería, ni visto siquiera un gesto descortés. Verdad es que en otras provincias se tropieza muchas veces con la curiosidad indiscreta de las turbas, mas para hacerse respetar basta ponerse bajo la protección de un anciano

no. Entre la muchedumbre que circula por las calles de las grandes ciudades chinas, jamás se encuentra un borracho. Es necesario visitar las «concesiones» europeas, los puertos abiertos al comercio extranjero, para ver actos violentos en los que los chinos no toman parte alguna. El carácter chino se muestra con mayor ventaja en las escuelas. Puede afirmarse que nunca turban los discípulos el orden casi religioso de las clases, ni desatienden el trabajo que les señalan. Muéstranse allí lo que serán más tarde en la vida: dóciles, inteligentes, laboriosos é infatigables, y aunque tienen una seriedad superior á sus cortos años, no por eso dejan de aparecer alegres y contentos. En lo que el chino parece inferior al europeo es en

su escasa iniciativa individual. Para salvar las dificultades de la vida sabrá ingeniarse como el europeo y alcanzar un porvenir, pero en la lucha por la vida no abandona sus rutinarias costumbres, y cuenta más con su resistencia pasiva que con su audacia para vencer el destino. Por regla general los chinos no sienten grandes ambiciones, como lo atestiguan los refranes populares y los preceptos comunes de la moral. No les gustan las aventuras ni las

el nombre de «Cien familias», se considera como formando una sola, en la cual los lazos sociales se convierten en deberes de los hijos para con los padres. Toda la moral china se basa en el respeto filial, y el gobierno es sólo la extensión de la autoridad paterna, viniendo á representar en cierto modo un resto paleontológico del antiguo concepto patriarcal de la sociedad.

El chino no comprende como el europeo la



Tienda de un emperador chino antiguo.

bruscas alternativas de la vida. Pocos pueblos tienen menos cantos heroicos, ni conmemoran con mayor constancia las artes de la paz, y en particular el trabajo del labrador que tranquilamente ara la tierra. «Cuando salimos germinaban las plantas; cuando volvimos se habían ya secado. ¡Largo es el viaje y corto el alimento! ¡Cuánta desgracia inmerecida desde que me llamaron á las armas y tuve que abandonar el arado!» Tal es la letra que melancólicamente entona el labrador chino al ir soldado, en vez de las bélicas estrofas de cantos de Occidente.

Sabido es que en la sociedad china la idea de familia se ha constituido mucho más sólidamente que en las comarcas de Occidente. La nación entera, que antes fué designada por

moral de la libertad, la que concede á cada individuo su valor propio é independiente de la sociedad que le rodea. Solamente á la familia se le atribuye un poder político en el Estado. En tiempos antiguos, cuando se consultaba al pueblo, se contaban los sufragios por familias; y hoy, al tratarse de cuestiones municipales, sólo emite voto el jefe de cada familia. Cualquier otro sistema de votación parecería un crimen, porque el padre, soberano en su casa, es considerado como depositario de las ideas y los sentimientos de todos los suyos. Puede enorgullecerse con las virtudes de la familia y solicitar su debida recompensa; pero es también responsable de sus faltas y sobre él recae su castigo. Las grandes acciones del hijo en-

noblecen al padre y á toda su línea de ascendientes, como los crímenes del mismo hijo degradan á todos sus abuelos. Estas costumbres patriarcales, que atribuyen á los padres una autoridad absoluta y obligan á los hijos á tenerles una subordinación sin límites, están profundamente arraigadas en China y producen consecuencias desconocidas en los demás países. Un golpe que dé el hijo á su padre ó á su madre, se considera como parricidio y el reo es condenado á muerte. En las comarcas pobres se ha visto con frecuencia á jóvenes sufrir la pena capital en substitución de criminales ricos que estaban sentenciados. Tolérase tal costumbre para permitir que las víctimas ganen algunos miles de pesetas para sus familias. La ley sólo exige que se expie el crimen y le importa poco el nombre de la víctima; la justicia queda satisfecha cuando se ha cortado una cabeza. Los que se prestan á morir así á manos del verdugo, aparecen como buenos hijos y su sacrificio es sublime.

En los funerales de los padres exige la costumbre que los hijos manifiesten públicamente su dolor. El hijo mayor, principal heredero y jefe ya de la familia, ó en defecto de éste el sucesor ó hijo adoptivo, debe encerrar una de las almas del muerto en la tablilla conmemorativa de sus virtudes, quemar incienso en su obsequio y facilitarle el camino de la eternidad, proporcionándole abundante cantidad de dinero y barras de plata, así como vestidos, caballos, criados y barcos, todo de papel, en representación de lo que el muerto podrá necesitar en la otra vida.

El luto dura tres años para los padres y veintisiete meses para los personajes oficiales, habiéndose visto á hijos que, durante todo este tiempo, han velado en su casa el cadáver, durmiendo de noche sobre una estera de junco al pie del féretro.

Durante el luto, los chinos no pueden comer carne ni beber vino; les está igualmente prohibido presentarse en público ni desempeñar cargo oficial alguno. Si el difunto no se había anticipado á adquirir el féretro, en forma de tronco de árbol, que decora la mayor parte de las casas chinas, el hijo mayor debe comprar uno de tanto coste como lo permita el estado de su fortuna, citándose como ejemplos dignos de elogio los casos en que algunos hijos se han vendido como esclavos para comprar á sus

padres una caja lujosa. Requiere, además, la costumbre que se lleven los restos de los muertos á su país natal; pero como sería difícil hacer una á una estas expediciones, generalmente se espera reunir cierto número de muertos para formar con ellos un convoy. Así, además de los cementerios y de los caminos ornados de sepulcros, véanse en muchos sitios, y principalmente en las alturas, necrópolis interinas, ciudades mortuorias que sólo encierran urnas funerarias y cajas preciosamente adornadas con pinturas de flores, pájaros é instrumentos de música.

Es sabido que los chinos que mueren en el extranjero reclaman igualmente el envío de su cadáver á su patria, y que con este objeto las sociedades de socorros mutuos á que pertenecían los fallecidos llegan hasta á fletar buques para llevar la fúnebre carga. Colócanse en un templo especial las tablillas conmemorativas de los antepasados y de los infelices que murieron sin hijos, para tributarles los últimos honores. Todos los años, en el mes de Mayo, las gentes vestidas de blanco, en señal de riguroso luto, llevan á las tumbas y á los templos mortuorios, flores, frutos y otras varias ofrendas, que muy pronto devoran los pájaros ocultos en los árboles vecinos.

En estos parajes sagrados, donde á veces se reúnen millares de individuos pertenecientes á todas las clases de la sociedad, no hay distinciones de rango; únicamente los ancianos pueden reclamar cierta preeminencia. Casi todos los labradores y obreros conocen la historia de su familia, subiendo de generación en generación hasta los siglos remotos, y no sólo recuerdan los nombres de sus abuelos, sino también los actos que les hicieron acreedores á la memoria de la posteridad. Se sienten inmortales al leer la historia de sus antepasados. Por esta causa, los que no tienen familia, se creen fuera de la sociedad. La principal causa del desprecio que los bonzos inspiran á los demás chinos, consiste en que rompieron los lazos de la familia ó fueron vendidos cuando niños á los conventos, y esto hace que apenas los consideren como hombres.

Es costumbre que sean muy cortas las ceremonias para el entierro de los niños, de los adultos solteros, de las mujeres ilegítimas y de los esclavos. Por lo regular, los pobres echan los cadáveres de sus hijos á los ríos ó á los mu-

ladares, ó los ponen á las puertas de sus cabinas, donde los enterradores van á recogerlos. A la vista de estos cadáveres abandonados, algunos viajeros extranjeros han atribuido á la nación china la práctica del infanticidio, especialmente de las niñas. Pero nunca la opinión pública autorizó estos crímenes, ni el gobierno los amparó, como algunas veces se ha dicho. En la sociedad casi patriarcal de la China, considérase á los hijos, con la riqueza y la longevidad, como las «tres felicidades» de los padres de familia. No obstante, en ciertas provincias los pobres dejan á sus hijos á la puerta de los hospicios. El infanticidio de niñas es común en algunos de los distritos más poblados cercanos á Amoi, donde los padres tienen la costumbre de ahogar á los recién nacidos en un cubo de agua fría. Estos asesinatos sólo deben atribuirse á la extrema pobreza, y quizás por esto los mandarines no los persiguen, limitándose á condenarlos en edictos que nadie lee. Saben los padres que la imposibilidad de dotar á sus hijas las condenaría á la miseria ó á la deshonra, y por esto las dan la muerte, prefiriendo evitarles los infortunios de la vida, si antes no han conseguido venderlas como esclavas ó para mujeres futuras de algún niño de la vecindad. En estos casos, su precio en venta viene á ser de unas 10 pesetas por cada año de edad. Sábese además, que los misioneros católicos y protestantes recogen gran número de niños, destinados á aumentar la importancia de sus congregaciones, pero siempre subsiste la primera causa, la miseria, y ésta no deja de causar víctimas. En las aldeas del distrito de Amoi se perpetra el infanticidio claramente, siendo considerable la superioridad numérica de los hombres sobre las mujeres.

Es raro que los padres vendan á sus hijos, pero en cambio se destinan muchas niñas á la servidumbre. Las familias ricas tienen gran número de su propiedad. Formúlanse de un modo solemne los contratos de venta, generalmente en la calle, bajo la «mirada del cielo». La esclavitud de las mujeres es sólo temporal, porque su propietario debe buscarlas marido, y al casarse quedan libres en su nueva familia. Los hombres esclavos pueden también exigir, antes de cumplir los treinta años, que su dueño les proporcione mujer, y al convertirse en padres de familia sólo transmiten la esclavitud á parte de sus hijos. Las hembras quedan en

libertad, pero los hijos permanecen esclavos hasta la cuarta generación. Generalmente se trata á los esclavos como á los demás criados de la casa, por lo cual los extranjeros no los distinguen de los hombres libres. Tienen derecho á instruirse en las escuelas, á presentarse á los exámenes, á entrar al servicio del Estado, y entonces su propietario debe permitirles su liberación y la de su familia. Respecto á las mujeres casadas, los maridos sólo pueden venderlas para esposas de otros, pero no como esclavas.

Existe en China un signo material que atestigua el estado de inferioridad en que se encuentra la mujer, y este signo es la mutilación de los pies que deben sufrir millones de mujeres, aun las que se dedican al trabajo. Según Lockhar, empezó á practicarse esta costumbre el año 925; pero debió extenderse con mucha lentitud cuando Marco Polo y otros viajeros de la Edad Media no la mencionan. Actualmente se halla tan arraigada, que en las provincias del Norte de la China, casi todas las mujeres la siguen, aunque hayan de trabajar la tierra ó de llevar cargas.

La mutilación de los pies de la mujer es para los chinos un signo distintivo de «buena sociedad», y ninguna joven puede aspirar á una casta superior si no se ha sometido á la tortura que imponen los jueces de la belleza femenina, transformando su pie en una «azucena de oro». Los mismos padres que censuran la costumbre, la practican con sus hijas para no exponerlas al celibato. A la edad de cinco ó seis años se ciñen con vendas los pies de las niñas, para doblar los dedos, levantar el talón y detener el desarrollo de los músculos ya que el zapato debe ser en forma de triángulo para que el pie parezca más pequeño y sólo tenga siete centímetros y medio de largo. La atrofia del pie alcanza también á la pierna, quedando la epidermis pegada al hueso, sin vestigio de plantilla. Ya definitivamente mutilada, la mujer no puede levantar un peso ni dedicarse á ningún trabajo fuerte. Le es imposible andar con soltura sino con pasos cortos y rápidos, balanceándose, ayudada por los brazos. Es el paso que los poetas comparan á «las ondulaciones del sauce movido por el céfiro». Compréndese bien que esta enfermedad aumenta la dependencia de la mujer, obligada á no abandonar nunca su casa. Sin embargo, en los cam-